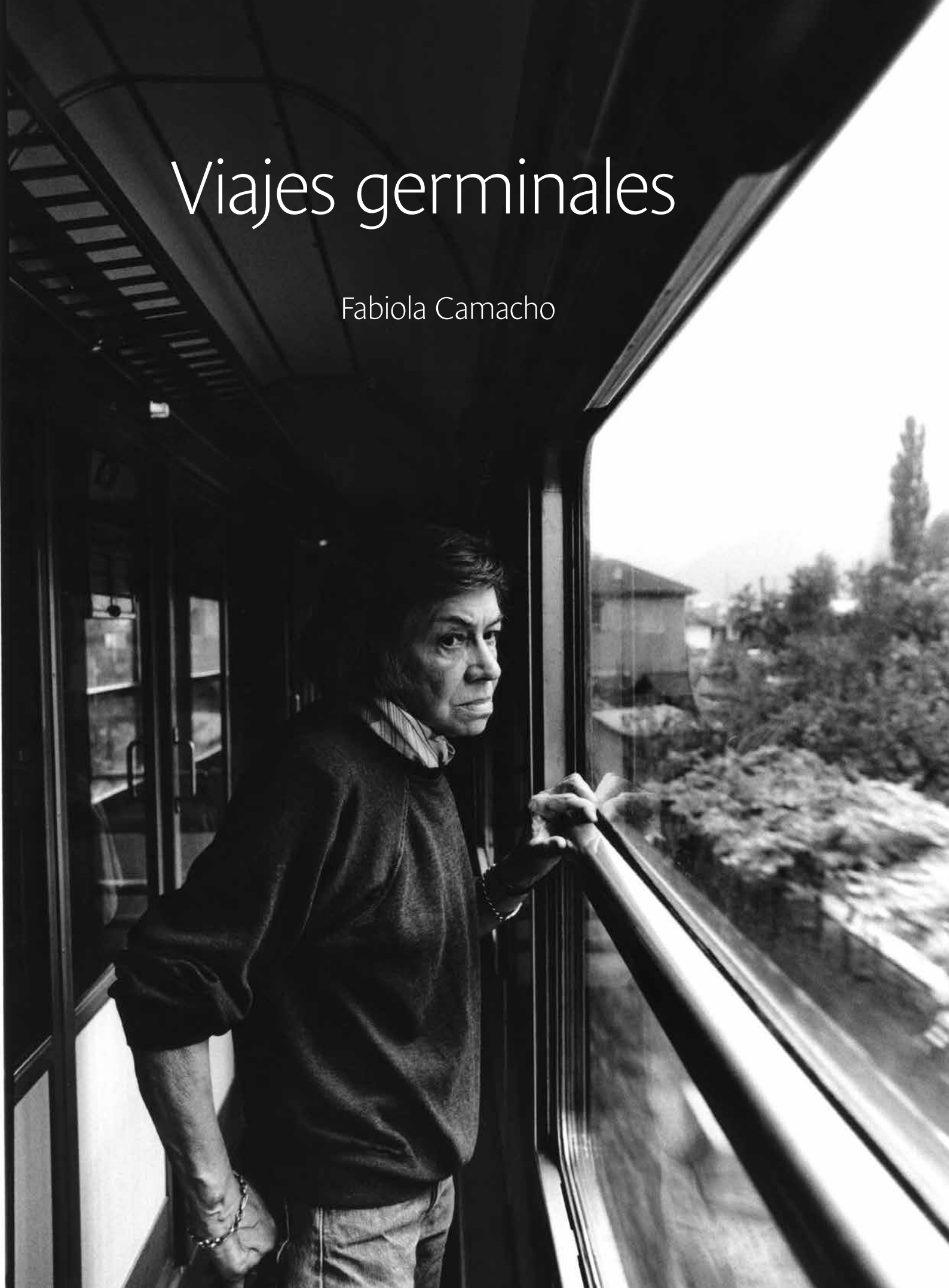


# Viajes germinales

Fabiola Camacho



*Escribir es una forma de organizar la vida.  
Y la necesidad de hacerlo sigue presente aunque no se tenga público.*

PATRICIA HIGHSMITH

## I

Cada año reviso mis diarios, es una costumbre que se ha extendido en la última década. El ejercicio lo hago por recordar cómo es que ciertos problemas, ahora cotidianos, tuvieron su inicio, también lo hago por no olvidar el germen de la persona en quien me he convertido. Esa revisión incluye algunas libretas de trabajo que desde hace algunos años he llenado quizá con mayor soltura y dedicación que los diarios. Esos esquemas y anotaciones me dan la certeza de que en algún momento se convertirán en historias con vida propia, imágenes paralelas de mi diario desdoblamiento que deambula por toda la ciudad. Y esos paseos largos, las esperas que en ocasiones se vuelven interminables ante la sed de soledad y protección que la casa otorga, no me dan otra cosa que imágenes y sensaciones que en la comodidad de mi sofá no experimentaría. Esas imágenes dejan ver a una persona que dentro de ambientes tranquilos probablemente nunca sería develada. En un par de ocasiones mis exabruptos y sentimientos de indignación dan como resultado un par de líneas que se tornan violentas descargas de adrenalina.

Definitivamente no me imagino dando viajes alrededor de mi habitación. Aun cuando mis travesías últimamente se han resuelto en atravesar en más de dos horas la ciudad para ir de la tranquilidad de la vida que el paraje coapense otorga a la estridencia de la zona centro y a la incomodidad de la zona norte —donde mi rojo campus de la UAM me espera para darme consuelo—, esa excursión se torna azarosa por las propias condiciones de la gran urbe. Ningún día se parece al otro, el halo de extrañeza aparece en el momento que menos lo espero, la ocasión de presenciar una escena que me dote de material para escribir nunca se hace esperar: siempre me encuentro al acecho. Es cierto, en momentos me siento como una victimaria que espera el momento ideal para aparecer detrás de mi víctima y de manera sigilosa seguirla los primeros días, conocer sus rutinas, parecerle incluso familiar, sonreír cada vez que me vea, bajar mi escote distraídamente e invitarla a tomar un mezcal; sonrojarla y llevarla a una habitación, hacer que trace en la sábanas la señal de su pequeña muerte para finalmente escapar de manera tranquila, sin ningún dejo de culpa.

El asesino siempre es quien menos esperas.

## II

Cuando se es joven existe una tendencia a deambular por diversas experiencias si además se admite la desorientación de querer ser escritor. Somos funambulistas en plena búsqueda de imágenes que nos ayuden a encarnar esos secretos que siempre



La novelista Patricia Highsmith, en un tren de Locarno a Zurich en Suiza el 5 de septiembre de 1987. (Fotografías: Ulf Andersen/Getty Images)

hemos ocultado. Esa necesidad de sentirse a la deriva, como si la sensación límite nos diera la respuesta, se sostiene con el impulso de querer conocer lugares lejanos a nuestro pequeño departamento. Parece que para algunos, el viaje alrededor de la habitación no es suficiente para dar rienda suelta a los deseos de construir una realidad paralela, para ellos hacen falta escenarios distintos a los que se frecuentan de manera cotidiana, otros paraísos que se tornen vulnerables ante nuestra mirada y donde nos permitamos desnudar nuestros secretos.

La literatura nos muestra que el viaje se traduce como la manera de desvelar nuestro inconsciente amaestrado ya por la cegadora rutina. Cuando la aventura se presenta desde la juventud, el rito de paso puede extenderse hasta el encuentro con la voz que tiempo atrás entre alucinaciones se abría camino en busca del momento exacto para encarnarse en nuestras notas e historias por compartir.

En la historia literaria una voz poderosa se encarnó un 19 de enero de 1921 en Forth Worth Texas. Mary Patricia Plangman, mejor conocida como Patricia Highsmith, desde pequeña comenzó a crear un universo plagado de sensaciones que para la mayoría podían, y pueden, resultar incómodas; maneras de ser que aunque sean naturales deben de conservarse en secreto si es que se desea ser parte de los esquemas sociales.

Al igual que sus personajes infantiles, desde los ocho años leía temas sobre psicología clínica, enfermos mentales, así como a Dostoievski y a Gide. A partir de los doce años se da cuenta de su homosexualidad. El descubrimiento que si bien sería por mucho tiempo motivo de angustia, igualmente logró crear en ella una condición de dualidad e, incluso, una sensación de desplazamiento, elementos que más adelante darían personalidad a personajes como Tom Ripley, Thea, Edith o Carol, por mencionar algunos. La propia Highsmith no miente al admitir en su libro *Suspense, cómo se escribe una novela de misterio*: “Las buenas narraciones se hacen sólo con las emociones del escritor”, puede que la distinción de tales emociones sean los primeros gérmenes de esa historia que espera ser contada, aunque igualmente se necesita de un detonador, imágenes que logren transmitir esa red de emociones y secretos.

Para la autora de *Extraños en un tren*, la oportunidad del viaje se presentó como un combustible que lograría hacer explotar lecturas e ideas. Luego de su graduación del Barnard College, una universidad para mujeres en Nueva York donde estudió literatura inglesa, griego y latín, en 1943 comenzó a trabajar en Fawcett Publications haciendo guiones para cómics, tales como *Black Terror*. Pero en 1945 decidiría cruzar la frontera y viajar a nuestro país. Su estancia se configuró entre Monterrey, Guerrero y la ciudad de México. En las

biografías realizadas por Joan Schenkar, *El talento de Mrs. Highsmith*, y Andrew Wilson, *Beautiful shadow. A life of Patricia Highsmith*, se rescatan pasajes sobre su estancia; la mayoría dejan ver su madurez literaria, y su deseo de encumbrar la ruta que otros escritores angloparlantes habían emprendido hacia nuestras cordilleras, tales como D.H. Lawrence, Malcolm Lowry o John Dos Passos. Y al igual que ellos, las imágenes contrastantes entre pobreza y exotismo, vida y muerte que presentaba el México posrevolucionario encumbraron una sensibilidad que habilitó esa mirada doble que se tradujo en dos cuentos creados en Taxco y la ciudad de México, “En la plaza” y “El coche”. En ambos relatos observamos la necesidad de exponer la condición de extranjera en lugares extraños. Aun con atmósferas sumamente contrastantes con la propia educación y vivencias que la joven Patricia había tenido en Nueva York, nunca deja que su voz se diluya, como tampoco la necesidad de distinguirse y crear una identidad aun dentro de su condición dual.

### III

Los viajes se presentan como una alucinación, donde no dejamos de ser nosotros mismos, pero nos embarcamos de tajo a una experiencia límite. Para William Hazlitt es una experiencia que reclama un esfuerzo para cambiar nuestra identidad actual por otra ideal, nuestro pasado cobra de vida de manera intempestuosa:

El tiempo que pasamos fuera de casa es, al mismo tiempo, delicioso e instructivo; pero parece que se escinde del escenario real de nuestra vida y nunca se mezcla apropiadamente con ella. Nunca somos los mismos, sino otros —acaso mejores— durante el tiempo que pasamos fuera de nuestro país. Estamos perdidos para nosotros tanto como para nuestros amigos.

En sus cuadernos y diarios, Patricia deja ver la manera en que los viajes contribuyeron a enriquecer sus historias, como en la saga de Mr. Ripley, donde según Schenkar, es posible ver algunos elementos que durante su estadía en México impresionaron a la dama de las letras oscuras.

En ocasiones me pregunto si alguna vez las líneas de mis cuadernos y diarios serán en realidad gérmenes de una buena idea, si mis vivencias en viajes y paseos daran lugar a otras historias. Para Highsmith resulta fácil admitir que reconoce cuándo será una buena idea, y aunque el mundo está lleno de “ideas germinales”, es posible sentir que uno se queda sin ellas. Sin embargo, esta no es una opción, pero cuando a causa de la fatiga mental estos momentos atraviesen nuestro ánimo, lo mejor es dejarlo y hacer un viaje, “incluso un viaje corto, barato, simplemente para cambiar de escenario”. En este oficio todo es cuestión de organizar la vida a través de la escritura, todos tenemos instintos y voces que reclaman una salida, y ante eso quizá las vacunas más precisas para nuestra cura sean la escritura y, claro, el viaje. **▲▲**

